

RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL PARNASO MEXICANO

FRANCISCO SOSA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme a la ley.

Biblioteca Universitaria

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wright de Kleinhaus.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Pardo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M. Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M. Bandera.—Salvador Díaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutiérrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M. Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutiérrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—Joaquín Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel M. Romero.—Manuel Lizarruri.—Miguel Portillo.—Rafael López de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José M. Ramírez.—Manuel de Olagüibel.—Francisco V. Lara.



Francisco Sosa



EL
PARNASO MEXICANO

FRANCISCO SOSA

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARBEDONDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

SEGUNDA SERIE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
LIBRERIA LA ILUSTRACION,

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1° de Febrero de 1886.



1080019207



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

FRANCISCO SOSA.

(Autobiografía.)

México, Enero 12 de 1886.

Señor Don

FRANCISCO J. ARREDONDO.

Presente.

Mi estimado amigo:

He recibido la apreciable carta en que se sirve Ud. pedirme que le proporcione los datos necesarios para formar los apuntamientos biográficos que han de preceder á las composiciones que insertará Ud. en el tomo VI de la segunda serie del "Parnaso Mexicano," tomo que se ha dignado el editor dedicarme.

Ante todo, manifiesto á Ud. que soy el primero en reconocer, con toda sinceridad, que no merezco la honra de figurar al lado de los verdaderos poetas

002760

mexicanos. He escrito muchos versos, pero abrigo la conciencia de que con ellos no he podido conquistar el nombre de poeta, nombre que merecen muy pocos de los infinitos que escribimos *renglones cortos*. Los versificadores no debíamos tener cabida en el "Parnaso Mexicano," y si la tenemos, es seguramente, para hacer brillar más á los poetas: somos la sombra indispensable en todo cuadro.

No crea Ud. que este papel, por humilde me desagrade; nó, siempre he encontrado útil contribuir á que se destaquen las figuras que debemos conservar como un título de gloria para la patria, aún cuando á su lado aparezca pequeña, ó desaparezca por completo la mía. A este pensamiento obedece la mayor parte de mis escritos en prosa.

Pero no se trata de decir mis merecimientos. Anunció el editor que en un tomo del "Parnaso" aparecerían mis versos y para cumplir necesita las noticias biográficas á mí referentes, y me las pide Ud. para dar á otra persona la comisión de formar con ellas un artículo semejante á los hasta aquí publicados. Permítaseme que desempe-

ñe yo mismo la tarea. Quiero evitarle á Ud. molestias y quiero también librarme del desagrado que podría causarme el oír que no le había sido fácil encontrar quien escribiese unas cuantas líneas acerca del que por centenares ha publicado biografías.

Que tropezaria con dificultades, es evidente. Si encomendaba Ud. el trabajo á alguno de nuestros principales ó más renombrados literatos, le diría que como yo he escrito acerca de él, no era propio que desempeñase la tarea respecto de mí, porque parecería que nos hemos asociado para encomiar nuestras obras, y si ocurría Ud. á alguno de los de menor talla, de los que no he tenido todavía ocasión de hacer un elogio, declararía, para escusarse, que ni cultiva el género biográfico, ni se presta lo que de mí puede decirse á un brillante artículo. Evitemos, pues, amigo mío, oír razones y disculpas, escribiendo yo y publicando Ud. la siguiente relación, que tiene ¿por qué no decirlo? el mérito de ser por todo extremo fiel y sobre fiel muy breve.

Nací en la ciudad de Campeche el día 2 de Abril de 1848, siendo mis pa-

dres el Señor Don José Domingo Sosa y la Señora Doña Manuela Escalante de Sosa.

Era yo muy niño cuando mis padres trasladaron su residencia á la ciudad de Mérida, y allí hice los estudios primarios y superiores. Cursé latinidad y filosofía bajo la dirección del Sr. Lic. Presbítero Don Ildefonso Barrera, sacerdote ilustrado y virtuosísimo; y derecho bajo la de los Señores Lic. Don Diego Peniche y Don Ricardo Rfo.

Contaba catorce años de edad, cuando publiqué mi primera composición poética en el periódico intitulado "La Esperanza" de que fui redactor en unión de los hermanos Ovidio y Octavio Zorrilla. Cuatro años después (1866) di á la estampa el libro "Manual de Biografía Yucateca," obra en la que se descubre mi dedicación á los estudios serios y mi anhelo de enaltecer á mis compatriotas.

En Yucatán fundé en unión del inspirado poeta y correcto escritor Don Ramón Aldana "La Revista de Mérida," periódico que existe todavía, y fui colaborador de varias publicaciones literarias.

En 1868 vine por primera vez á México, después de haber estado preso en el Castillo de San Juan de Ulúa por cuestiones políticas. Relacionado desde mi llegada á la capital de la República, con los escritores y poetas más distinguidos, muy pronto entré á colaborar en diversas publicaciones como "La Vida de México," "La Revista Universal," "El Renacimiento," "El Domingo" y otras, y también en la de algunos Estados, como "Las Violetas" de Veracruz, "El Correo de Sotavento" de Tlacotalpam, "El Pensamiento" de Jalapa, y otras.

En 1873 redacté "El Radical" en unión del Sr. General Riva Palacio, de quien había sido ya colaborador en "El Eco del Comercio." Por esta misma época, publiqué un libro intitulado "Don Wenceslao Alpuche."

Redactor del "Federalista" durante varios años, á mí se debió la edición literaria de aquel popular periódico. Estudios bibliográficos y de crítica teatral fueron los que publiqué en la parte política del "Federalista" y versos y leyendas en prosa en la edición literaria.

En 1876, al fundarse "El Bien Públi-

co," diario destinado á combatir la Administración del Sr. Lerdo de Tejada, fuí uno de los redactores, hasta que salí para Guanajuato como uno de los sostenedores de la causa proclamada por el Sr. Iglesias.

Vuelto á México, después del triunfo de la revolución de Tuxtepec, me dediqué á escribir la obra intitulada "El Episcopado Mexicano" y coleccioné mis leyendas en prosa, en un tomo.

Durante cerca de dos años, fuí uno de los redactores del "Siglo XIX," y durante cuatro del "Nacional."

Colaborador de "La Libertad" durante el año de 1883, publiqué en las columnas de ese periódico la mayor parte de las "Biografías de Mexicanos Distinguidos" que corregí y aumenté últimamente hasta formar un grueso tomo de más de mil páginas.

Al mismo tiempo que publicaba en "La Libertad" esas Biografías, daba á luz en "El Nacional" las "Efemérides Históricas y Biográficas" de que hice edición especial en dos tomos en 8º y otro tomo también en 8º que se intitula "Los Contemporáneos."

La Sociedad Mexicana de Geografía

y Estadística, el Liceo Hidalgo, la Compañía Lancasteriana, la Sociedad de Beneficencia, la Filarmónica, y otras muchas de esta Capital y de los Estados, me han contado entre sus miembros más activos, desempeñando el cargo de Secretario en diversos periodos, y aun la Presidencia del Liceo, en su segunda época y en la actual.

La tendencia de la mayor parte de mis escritos, no es otra sino la de honrar á los que de alguna manera han contribuido al progreso moral y material de México, sin arredrarme ante los obstáculos con que aquí tropieza quien se entrega á investigaciones históricas. Toda mi ambición se reduce á que mis escritos sean útiles, revelando lo que mi patria vale, no lo que pueda significar la personalidad del autor. No me glorío de ninguno de mis trabajos literarios, desearía mejorarlos; y el único servicio por mí prestado á las letras, de que me enorgullezco, es el haber vencido con mi empeño y constancia todos los obstáculos que durante largos años impidieron la publicación de la obra monumental del Señor Orozco y Berra, como consta en la introducción puesta

por el sabio historiador al frente del primer tomo. También se me deberá, en breve, la publicación de la excelente versión castellana de la "Jerusalem Libertada" del Tasso, por el Señor Licenciado Don Francisco Gómez del Palacio. Nada hay que me complazca tanto como procurar que no quede en el olvido un libro que revele el talento de los escritores y poetas mexicanos y pueda contribuir á enaltecer el nombre de mi patria.

He ofrecido ser breve y para no faltar á mi palabra prescindo de aprovechar esta oportunidad, que seria muy apropósito, para vindicarme de los cargos que más de una vez se me han dirigido con motivo de las muchas críticas literarias que he publicado. Me limitaré á declarar honradamente que jamás me han guiado pasiones ruines; que he censurado lo que en conciencia he creído malo, y esto con pena, pues mucho me holgaría de escribir constantemente artículos encomiásticos, no por halagar vanidades y aumentar así el número de mis amigos, sino porque sería una prueba evidente de que habia-

mos alcanzado la edad de oro de las letras mexicanas.

Con lo que llevo referido á Ud., Señor Arredondo, creo que bastará para el objeto que Ud. se propone, y así termino repitiéndome á sus órdenes atento servidor y afectísimo amigo.

FRANCISCO SOSA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

FRANCISCO SOSA.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

I

¡Qué placer tan infinito,
 Qué alegría tan suprema
 Siente Carmen, si á la cuna
 De su hijo adorado, llega!
 Al ver que tranquilo duerme
 El sueño de la inocencia,
 Sobre la cuna se inclina
 Y al niño en la frente besa;
 Pero tan quedo, tan quedo,
 Por ver si así no despierta,
 Que apenas sus rojos labios
 A la blanca frente llegan.
 Absorta después, al niño
 La dulce madre contempla,

Bendice al Señor, y luego
 Vuelve á su lecho contenta.
 Así, de la noche pasa
 Las horas, la madre tierna,
 Y es feliz como ninguna,
 Y es tan pura como bella.

II

¡Madre! ¡Madre! clama el niño,
 Y Cármen veloce vuela
 A la cuna, y le pregunta
 Al niño qué mal le aqueja.
 Y con palabras cortadas
 Que sólo una madre acierta
 A comprender, él le dice
 Que ya sólo no se queda.
 —¿Por qué, la luz de mis ojos?
 Le pregunta de ansia llena.
 —Yo tengo miedo, responde
 El niño; cuando me duerma
 Vendrá un alma de otro mundo
 A robarme, madre bella.
 Sentí su labio en mi frente,
 Y su labio, madre, quema.
 —No, niño mío; al que es bueno,
 Y, cual tú, al dormir reza,
 Puro el Ángel de la Guarda
 En las altas horas llega.
 Fué su beso el que sentiste

Sobre tu frente hechicera;
 Que vuelva á dormir el niño
 Y sueños malos no tenga.

III

¡Ay! cuántas noches pasaron,
 Y Cármen, que tanto anhela
 Besar en la frente á su hijo,
 Con mirarle se contenta!
 Temerosa de asustarle,
 Cármen suspira y no allega
 Sus labios puros y bellos
 A aquella frente tan tersa.
 Mas una noche, intranquila
 En su hijo adorado sueña,
 Y se levanta del lecho,
 Y á la cuna ansiosa vuela.
 Ella dormía, y el niño
 Estaba despierto; al verla,
 Hacia ella tendió los brazos,
 Pero no le miraba ella.
 Cármen, dulce y amorosa,
 Al niño en la frente besa,
 Y al besarle, de su sueño
 La tierna madre despierta.
 —¿Es el ángel de la guarda
 Quien me besa, madre bella?
 Preguntá el niño, y en tanto
 La risa en su labio juega.

IV

No volvió á soñar el niño
 En esas almas que llegan
 Del otro mundo, en la noche,
 Y á sus regiones nos llevan.
 Mas desde entonces no quiso
 Fe prestar á la leyenda
 De que el Angel de la Guarda
 De noche á los niños vela.
 En cambio sabe que nunca
 Le olvida Cármen, ni deja,
 Que con tierno amor le adora
 Y que es ella quien le besa.
 ¡Ella es feliz! ¡Cuán felices
 Son las madres que conservan
 El santo amor de sus hijos,
 Y que guardan su pureza!
 ¡Benditas las madres castas,
 Benditas las madres buenas
 Que el infierno de la vida
 Tornan en dulce existencial!

A LELIA.

Cuando marchite tus galanas flores
 El que es de la beldad fiero enemigo,
 Y en vano pidas protección y abrigo
 A los que fueron, Lélia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
 En triste soledad, sin un amigo
 Que de tu pena ruda al ser testigo
 Anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí; conserva el pecho
 Puro el recuerdo de su afecto santo
 Y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, ven Lelia, mi hogar estrecho;
 Contigo partiré, que no lo es tanto
 Que en él no quepan tu dolor y el mío.



LA NIÑA BURLADA.

I

La niña de la pradera
 Que en las mañanas corría
 Tras pintadas mariposas,
 Sobre flores peregrinas;
 La niña de verdes ojos
 Y de rosadas mejillas;
 Gentil como el lirio blanco
 Y tierna como las lilas;
 Aquella que conversaba
 Con las flores, y tenía
 A las aves por amantes,
 Y por espejo las linfas
 Del arroyo que murmura
 Y la fuente cristalina
 Donde ella pasa la siesta
 Con inocente alegría;

Bajo las ramas de un sauce
 Que el céfiro leve agita,
 La niña de la pradera
 Se encuentra sola y suspira.

II

¿Sabeis de su mal la causa?
 ¿Sabeis qué sufre la niña?
 En el baile de la aldea
 Donde es ella la mas linda,
 Le dijeron que sus ojos
 Son dos soles que fascinan,
 Y le juraron amarla
 Cual no ama nadie en la vida.
 La pobre niña no sabe
 Que las frases que prodigan
 Entre el rumor de una fiesta
 Son palabras que se olvidan,
 Y la dulce niña quiere
 Llegue la hora de la cita,
 Porque ha de escuchar palabras
 Muy más dulces que el almíbar.
 Por eso bajo del sauce
 Que el céfiro leve agita,
 La niña de la pradera
 Se encuentra sola y suspira.

III

El aura que murmurando
 Sus negros cabellos riza,

Y el ruiseñor que le eleva
 Sus querellas mas sentidas;
 La tierna flor que el perfume
 Más grato, á la niña envía,
 Y el murmullo del arroyo
 Y la fuente cristalina,
 No forman ya los placeres
 De aquella inocente niña
 Que espera, y espera en vano
 Llegue la hora de la cita.
 Y viendo que el astro hermoso
 Por occidente declina,
 Ay triste! exclama llorando,
 La mujer que en hombres fía!
 Por eso bajo este sauce
 Que el céfiro leve agita,
 Llena mi alma de tristeza
 Mi pobre pecho suspira.

IV

Así, porque vió burladas
 Sus esperanzas divinas,
 La niña de verdes ojos
 De los hombres no se fía.
 Cuantos llegan á su lado
 Callada siempre la miran;
 Está triste y para nadie
 Tiene la niña sonrisas.
 Si alguno con frases dulces

Llega á decir á la niña
 Que ella es su único tesoro
 Su esperanza y su alegría,
 Nunca escucha de sus labios
 Palabras que el fuego avivan
 Del amor que allí en el pecho
 Entre inquietudes habita.
 Y así triste y solitaria
 Trascurre su amarga vida
 La niña que en la pradera
 Bajo del sauce suspira.

Mérida 1869.

A CLEMENTINA.

En la llanura inmensa de los mares
Suelen dos barcas que lanzó el destino
Con rumbo opuesto, hallarse en el camino
Arrostrando una y otra sus azares.

Los nautas, olvidando sus pesares,
Entonan con acento peregrino
Su más dulce canción; mas ¡ay! el lino
A hincharse vuelve, y cesan los cantares.

Y un adiós nada más; pero tan triste
Como un suspiro que arrebatara el viento,
Se dicen con dolor y al mar se entregan.

Así, hermosa, en mi senda apareciste,
Y hoy nuestras barcas, juntas un momento,
Con rumbo opuesto por mi mal navegan.

EN EL BAILE.

A la Señorita***

Abandona el salón; ¿qué puede el mundo,
Encantadora niña, aquí ofrecerte,
Sino venturas que tan presto pasan
Como las notas de la danza ardiente?

Aquí las frases de lisonja necia
Que entre mil flores la perfidia envuelve,
Harán tal vez que por tu mal olvides
Cuánto es modesta la virtud por siempre.

¿Qué importa, hermosa, que en tu senda veas
Para halagar tu vanidad, laureles
Cuyas hojas brillantes se marchitan
Y ni un perfume al corazón ofrecen?

¿Qué importa que te aclamen soberana
Y brinden mil coronas á tus sienes,
Y ensalcen tu beldad, y mil cantares
A tí, cual humo perfumado, eleven?

¿Será eso tan fugaz!.....tan presto, niña,
Nueva beldad encontrarás que viene
Robando la atención!.....jamás el mundo
Dar goce eterno á nuestras almas puede.

Abandona el salón; cuando la envidia
En él tus triunfos por tu mal contemple,
Te herira su piedad, y amargo llanto
Verterás, por sus intrigas crueles.

Si anhelas ser feliz; si tu alma noble
Eterna dicha y venturanza quiere,
En vano lejos del hogar bendito,
En vano buscarás lo que apeteces.

Las frases que aquí escuchas, se evaporan;
Se marchitan las flores que aquí crecen,
Y ¡oh triste realidad! tal vez mañana
Si tú piedad imploras, te desprecien.

No dejes, no, que tu sutil cintura,
Henchido de placer, profano estreche
En medio de la danza arrobadora,
Quien para amarte corazón no tiene.

Evita que confunda con tu aliento
Su aliento empozado; nunca dejes
Fundirse tu mirada con la suya,
Ni el tierno corazón al suyo acerques.

¿Qué puede en horas de estruendosa orgía
Decir á media voz aquel que siente
Fuego voraz correr entre sus venas
Por el impuro mundanal deleite?

Aléjate de aquí, tu gloria sea
El cielo del hogar do brilla ardiente
El sol de la virtud; su lumbre pura
El alma diviniza, la engrandece.

No en este goce pasajero y vano
Tu casto corazón ventura encuentre,
Que en breve volará, y amargas horas
Vendrán después, y sollozar perenne,

Tus sueños morirán como en la noche
El meteoro veloz el aire hiende,
Sin dejar una huella de su paso
Que alguna vez al hombre le recuerde.

Abandona el salón; aquellas flores
Que abren su cáliz á las auras leves
En la aurora feliz, ¡ay! en la tarde
Ya sin perfume se doblegan, mueren.

Y aquellas que se ocultan en sus hojas
Y exhalan sus esencias sin que llegue
El céfiro á besarlas, sobreviven
Y nuevos triunfos en la aurora obtienen.

México, 1872.

A UNA FLOR.

Deja que imprima de ternura lleno,
 Mis labios en tus pétalos de grana,
 Ya que luciste tu esplendor, galana
 Sobre la nieve de su blanco seno.

Deja que al llanto y al dolor ageno
 Celebre tu ventura soberana,
 Encantadora flor que en la mañana
 Gentil brillaras en el prado ameno.

¡Ay! ya marchita al trascurrir las horas
 He de venir á hallarte al nuevo día,
 Sin las tintas brillantes que atesoras!

Y así te guardaré! que el alma mía
 Por tí ha de recordar las seductoras
 Frases del ángel que hasta mí te envía.

LOS INDIOS DE AMETEPEC.

Verdes, muy verdes sus huertas
 Y muy risueños sus prados,
 Y su cielo muy hermoso,
 Azul, trasparente, diáfano:
 Con alegre caserío
 Y un esbelto campanario
 Que llama á los feligreses
 En días del tiempo santo,
 Existe un pueblo: sus hijos
 Encuentran en el trabajo
 El bienestar y el contento,
 Ajenos de los cuidados
 Y sinsabores que causan
 De riqueza el humo vano,
 De la ambición los ensueños,
 Y los peligros del mando.
 Es Ametepec, do se hallan
 Los patriotas acampados,

Reducidos en su número
 Y de pertrechos escasos.
 Ván Escalante y Urzúa
 De aquellas tropas al mando,
 Que en el día antecedente
 En San Martín alcanzaron
 Ceñir sus frentes de gloria
 Por su civismo bizarro,
 Logrando así que sus nombres
 Respete el tiempo á su paso.
 Comprenden que los realistas
 Se acercan para atacarlos
 Con numerosas legiones;
 Y aunque el insurgente es bravo,
 No quiere de una victoria
 Fácilmente dar el lauro
 Al que la patria encadena,
 Al que ultraja al mexicano.
 Escalante, pues, y Urzúa,
 Disponen con fino tacto
 Esquivar al enemigo,
 Y levantar de allí el campo.
 Antes al pueblo convocan,
 Y con un acento claro
 Escalante así les dice:
 "Sabed, ametepecanos,
 Que escasas son nuestras tropas,
 Los pertrechos mas escasos,
 Y el enemigo hallaría

Fácil victoria, si vanos,
 Oyendo solo al orgullo,
 Pretendemos aguardarlos.
 Voy á marchar con mis fuerzas;
 Yo no quisiera dejaros
 Expuestos á los furoros
 De las tropas del tirano;
 Pero el deber me lo ordena,
 Y aunque con tristeza, parto."
 Se agita el pueblo que escucha
 Aquel discurso; un anciano
 Se sobrepone al tumulto,
 Y al gefe dice: "Aguardáos,
 Que si el deber os obliga
 Esta vez á abandonarnos,
 Tambien el deber ordena
 Que este suelo defendamos."
 Y dirigiéndose al pueblo
 Que se revuelve agitado,
 Cual en medio á la tormenta
 Ronco se agita el oceano,
 "Escuchad mi voz, les dice,
 Me la inspira el cielo santo.
 Aunque á la tierra se inclina
 Mi cuerpo débil, los años
 De mi corazón el fuego,
 Hijos míos, no apagaron.
 Si ya no, cual otros días,
 Sé conducir el arado,

Y en pós de mis tardos bueyes
 No sufro del sol los rayos,
 Como en mis tiempos mejores
 Adoro mi suelo patrio
 Y no quiero lo mancille
 El español con sus pasos.
 Si pudieron valerosos
 Tus nobles antepasados,
 Del conquistador sañudo
 Defenderlo palmo á palmo,
 Así tú, mi pueblo heroico,
 Mi débil voz escuchando,
 Jura sucumbir primero
 Que dejar hoy profanarlo.
 Si armas nos faltan, y pocos
 Nos vemos ante el contrario,
 Que á Ametepec en cenizas
 Torne el fuego en sus estragos;
 Que la llama del incendio
 Nada respete á su paso,
 Y nuestras chozas perezcan
 Y con ellas nuestros granos.
 Hunda en el polvo su frente
 Nuestro modesto santuario
 Y desaparezcan las tumbas
 De los que gozan descanso.
 ¡Pueblo, mi pueblo! la muerte
 O el yugo infame, elijamos!"
 Al oír el noble acento

Del mayor de sus ancianos,
 La sangre sube á sus rostros
 Y se les secan los labios,
 Y sienten fuego en sus venas,
 Y salen de su letargo;
 Prorumpen en un solo grito
 El pueblo todo; temblaron
 Las montañas al estruendo
 De aquellos clamores raros.
 De "fuego" la voz terrible
 Cruzando vá los espacios,
 Y en breve una sola hoguera
 Era el pueblo y daba espanto.
 Y al sonar los atambores
 Del insurgente soldado,
 Ametepec no existía,
 Ni sus huertas ni sus prados.
 Se retiran á los bosques
 Sus nobles hijos, y el llanto
 A sus ojos no se asoma
 Al ver tan horrendo cuadro.

* * *

Quando el realista, sediento
 De sangre de mexicanos,
 Llega al pueblo en que pretende
 Tornar al libre en esclavo,
 A sus ojos se presenta
 Por las llamas abrasado

Ametepec, cuyos hijos
 Buscan asilo en los campos,
 Y no hallan donde cubrirse
 Del sol ardiente á los rayos,
 Ni hallan pan para su boca,
 Ni agua ¡ay! para sus labios.
 Aliento noble les presta
 Sobre el patriotismo santo,
 Y animan á sus mujeres
 Y niños, y á sus ancianos.
 Lanzan de rabia hondo grito
 Ante aquel portento raro,
 Y en su despecho maldicen
 La grandeza del contrario,
 Los que doblan la rodilla
 Y queman incienso vano
 Ante los torpes vireyes
 De Carlos quinto y Fernando.

A LA NOCHE.

Cubriste ya la tierra con tu velo
 ¡Oh noche de mi mal consoladora!
 Tu calma y tu silencio el alma adora
 Pues tregua ofrecen á mi triste duelo.

Radiante cruza el azulado cielo,
 Seguido de su corte encantadora
 El astro del amor, mientas la aurora
 Vuelve á lucir y á renovar mi anhelo.

Ah! si tus horas prolongar pudiera,
 ¡Cuán dichoso y feliz me sentiria!
 ¡Que dulce el curso de mi vida fuera!

Odio la luz del esplendente día,
 Porque al brillar en la celeste esfera
 El sol alumbraba la tristeza mia.

Ametepec, cuyos hijos
 Buscan asilo en los campos,
 Y no hallan donde cubrirse
 Del sol ardiente á los rayos,
 Ni hallan pan para su boca,
 Ni agua ¡ay! para sus labios.
 Aliento noble les presta
 Sobre el patriotismo santo,
 Y animan á sus mujeres
 Y niños, y á sus ancianos.
 Lanzan de rabia hondo grito
 Ante aquel portento raro,
 Y en su despecho maldicen
 La grandeza del contrario,
 Los que doblan la rodilla
 Y queman incienso vano
 Ante los torpes vireyes
 De Cárlos quinto y Fernando.

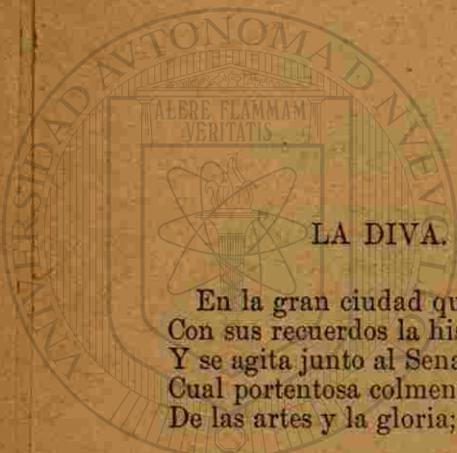
A LA NOCHE.

Cubriste ya la tierra con tu velo
 ¡Oh noche de mi mal consoladora!
 Tu calma y tu silencio el alma adora
 Pues tregua ofrecen á mi triste duelo.

Radiante cruza el azulado cielo,
 Seguido de su corte encantadora
 El astro del amor, mientas la aurora
 Vuelve á lucir y á renovar mi anhelo.

Ah! si tus horas prolongar pudiera,
 ¡Cuán dichoso y feliz me sentiria!
 ¡Que dulce el curso de mi vida fuera!

Odio la luz del esplendente día,
 Porque al brillar en la celeste esfera
 El sol alumbra la tristeza mia.



LA DIVA.

En la gran ciudad que llena
 Con sus recuerdos la historia,
 Y se agita junto al Sena
 Cual portentosa colmena
 De las artes y la gloria;

En la gran ciudad que ofrece
 De placeres un tesoro
 Que el tiempo en su curso acrece;
 Donde el jóven enloquece,
 Donde goza ensueños de oro;

En París, la cortesana
 Que dicta leyes al mundo,
 Y de ser cuna se ufana
 De la gracia soberana
 Como del genio profundo;

De la corte retraído
 Y al grave estudio entregado
 Lejos de todo rüido,
 En su dulce hogar querido
 Vivía un noble abogado.

Goces puros un eden
 Le formaban, deleitoso;
 Era del débil sostén
 Y con practicar el bien
 Se juzgaba venturoso.

Pura y casta compañera
 Y una hija bella, tenía,
 Mas gentil que la palmera
 Que se ostenta en la ribera
 De la hermosa mar bravía.

Creció la niña, cual crece
 Bajo sombra protectora
 Linda flor que el aura mece,
 Cuyo cáliz resplandece
 Con diamantes de la aurora.

El talento fulguraba
 Allí en su frente divina,
 Y cuando la niña hablaba
 Su buen padre imaginaba
 Oír al ave que trina.

Así las horas pasaron
Entre dulces embelesos
Que las penas no turbaron,
Y en ese hogar no sonaron
Sino caricias y besos.

Mas quiso el destino un día,
El hado al dolor condena!
Tornar la paz y alegría
De aquel hogar, en sombría
Lobreguéz y amarga pena.

Porque el rudo batallar
Con jueces y tribunales,
Y aquel constante estudiar
Y aquel continuo mirar
Doquier miserias y males,

Del abogado sembraron
La noble senda de abrojos;
Su corazón amargaron,
Y al fin ¡ay triste! quedaron
Faltos de vista sus ojos.

Aquella jóven tan pura,
De hermoso mirar de fuego
Y peregrina hermosura,
Cual lloró su desventura
Al ver á su padre ciego!

A la blanca luz del día
Carifiosa le guiaba,
Y en la alta noche sombría
Junto á su lecho dormía.....
No dormía, que velaba.

Velaba.....en el porvenir
Pensando de aquel hogar;
Oh! cuán horrible existir;
Ella á llorar y á sufrir,
El anciano á suspirar!

Y aunque fijo el pensamiento
En las alturas tenía,
Pidiendo alivio al tormento
Que le acosaba, un acento
Le halagó con su armonía.

“Es la alondra—dijo luego—
La tierna alondra que canta
Y que traduce mi ruego:
Pide al Señor por el ciego,
Por su hija el trino levanta.”

“Ave canora, bendita
Tu canción que me recrea;
Es tan dulce que ella imita
La de un angel, y me invita
A que cantora yo sea.”

Dijo así, y amante beso
Puso en la frente arrugada
Del padre, y en el exceso
De arrobador embeleso
Exclamó con voz pausada:

—“Padre adorado, despierta;
Ya luce de blanca aurora
La pálida luz incierta,
Y la natura ántes muerta
Sobre flores se incorpora.

“Cese ya tu pena grave,
Encuentren fin tus enojos,
Pues con acento sūave
De decirme acaba una ave
Trueque en rosas tus abrojos.

“Que imitando el dulce trino
De los pájaros cantores,
He de cambiar tu destino,
Y alfombrarán mi camino
Llenas de aroma las flores.

“Que ahuyente tu noche impía
Esculpiendo en tu memoria
Que han de dar al alma mía
Sus cantares la poesía
Y sus laureles la gloria.

“Deja, pues, mi padre amado,
Que me presente en la escena
Ante el mundo alborozado,
A ofrecerle el encantado
Trinar de la filomena.”

Lloró el anciano al oír
A la hija que tanto adora,
Y entre su ronco gemir
La visión del porvenir
Vió con faz aterradora.

“¿Qué será, niña divina,
Del candor y la pureza
De tu frente alabastrina,
Si mi mano no encamina
Tus pasos con su terneza?

“¡Soñadora! penas crueles
O obtendrás si me abandonas
Del mundo por los vergeles:
¡Cuestan mucho los laureles,
Pesán mucho las coronas!

“Amargan las alegrías
De la artista, envidia y celos,
Columnias torpes, bravías,
Y hay en su cielo, sombrías
Nubes henchidas de duelos.

“¿No sabes? entre el rumor
Del aplauso que le aclama
Joya del arte y honor,
Cosecha con su dolor
Las coronas de la fama.

“¿No miras en lontananza
Del mundo las seducciones?
¿Tu pensamiento no alcanza
A mirar tras la esperanza
Las horribles decepciones?

“¿Lo ignoras? la artista es flor
Que en un suelo y otro, extraños,
Si escucha frases de amor
No del hogar al calor,
La secan los desengaños.”

Terrible luchal el acento
Del anciano, resonaba
Cual tristísimo lamento,
Y con latido violento
Su corazón palpitaba.

Al fin enjugando el lloro
Que en sus mejillas corría,
De perlas rico tesoro,
Dijo la jóven:—“Te adoro;
Por eso cantar quería.

“Yo sé que en la noche oscura
En que te encuentras hundido
Por tu negra desventura,
Tu noble pecho tortura
Pensar en tu hogar querido.

“Con sus dardos la pobreza
Vendrá á herirte, padre mío;
Y aumentará tu tristeza;
Déjame partir, y reza
Porque venza al hado impío.

“Yo compraré con mi canto
Para tí la paz, la calma,
Y habré de enjugar tu llanto,
Y guardaré puro y santo
Tu nombre dentro del alma.”

Nublóse entonces la mente
Del anciano, y ya no pudo
Sino exclamar tristemente:
“Mi bendición en tu frente,
Y mi nombre por escudo!”

Partió la jóven; el cielo
Para premiar la grandeza
De aquel su amoroso anhelo,
Calmó del anciano el duelo
Y dispó su tristeza.

De la hechicera cantora
 Fué la voz grata y süave,
 Cual la música sonora
 Con que saluda á la aurora
 En dulces himnos el ave.

Por donde quiera de flores
 Su senda miró sembrada,
 Y así entre gloria y honores
 Y aplausos atronadores,
 Pasó como pasa una hada.

Por eso arroba y encanta
 Cuando aparece en la escena,
 Y brota de su garganta
 Lluvia de perlas si canta
 De pasión el alma llena.

Por eso con hidalguía
 Y con justicia notoria,
 Le ofrecen desde aquel día
 Sus cantares la poesía
 Y sus laureles la gloria.

Y porque nunca abandona
 Del honor la senda pura
 Y en sus ojos lo pregona,
 Le dieron triple corona
 ARTE, VIRTUD Y HERMOSURA.

¿De la Diva encantadora
 Quereis el nombre saber,
 Pues tanto bien atesora?
 Guardad el nombre en buen hora
 De CLEMENTINA DE VÉRE.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

A la Sra. Esther Tapia de Castellanos.

Le dió la hermosa juventud sus flores;
Era bella y gentil; su gallardía
Allí en la corte vireinal lucía
Hiriendo pechos, inspirando amores.

Brillaban en sus sienes los fulgores
Del sacro fuego que en su mente ardía,
Y nunca el ave remedar podía
Las notas de sus cantos seductores.

Y cuando más el pueblo mexicano
Sus gracias, su virtud y su talento
Lleno de orgullo proclamaba ufano,

Dominada de oculto pensamiento,
Teniendo, acaso, horror al mundo insano,
Ocultóse en las sombras de un convento.

HASTA EL CIELO.

A EMMA.

Tal vez juzgando que te lega á olvido,
Hechicera mujer, mi corazón,
Ya ni un recuerdo suspirando envías
Al que te adora como al mismo Dios.

Tal vez si brilla en el azul del cielo
La luna que mis dichas alumbró,
No piensas, Emma, que al mirar ese astro
Suspiro triste mi perdido amor.

Acaso juzgas que en orgía incesante
Paso del tiempo el trascurrir veloz,
Y que otros besos y miradas dulces
Me encantan y me llenan de ilusión.

Aquellas flores que gozoso un día
Mi pecho con ternura te ofreció,
¿Ya no decoran la dichosa estancia
En que resuena tu armoniosa voz?

Ya no, cual ántes, al mirar mi imagen
Se encienden tus mejillas, ni el color
De tu carmíneo labio que besaba
Aquella sombra donde estaba yó?

Al ver perderse el postrimero rayo
Que envía á la tierra al esconderse el sol;
Ya no recuerdas las tranquilas tardes
Que el cielo despiadado nos robó?

Cuando la noche misteriosa tiende
Sobre el mundo su fúnebre crespón,
¡Olvidas, Emma, que á su sombra grata
Eterno amor tu labio me juró?

Ay! yo tan solo por amarte vivo;
Y donde quiera recordando voy
Tus gracias seductoras, y contemplo
Do quier la imagen de mi dulce amor.

Las tristes horas de la vida cuento
Sin goces, sin ventura, ni ilusión;
Porque la luz de tus divinos ojos
No me alumbra en la noche del dolor.

Oh! dime, hermosa, que en tu labio suena
Mi nombre todavía; que el rumor
Del aura entre las flores lo repite;
Que vives triste como vivo yo!

Que de la noche en el silencio santo
Evocas tú mi sombra; que el fulgor
De estrella diamantina, te parece
Mirada mía que hasta tí llegó!

Dime que vas á la arenosa orilla
Del mar que nos separa, en su extensión
Buscando en vano la velera nave
En que torne á tus brazos tu cantor.

Inútil anhelar! mi mente olvida
Que para siempre nos separa Dios,
Y un cielo de ventura á tí te ofrece,
Y á mí un infierno de tenaz dolor.

Olvido que los ecos de mi canto
No pueden penetrar en tu mansión,
Y hasta que llegue mi postrero día
No podré verte ni escuchar tu voz.

RAMON ALDANA.

EL CELAJE.

Yá del sol estival el postrer rayo
Se apaga entre los mares de occidente,
Y en lánguido desmayo
La brisa de la tarde, tristemente
Va tendiendo en el éter cristalino,
Que la luz moribunda yá no dora,
La gasa del crepúsculo incolora.

En tanto que el arroyo turbulento,
Arastrando sus cándidas espumas
Remeda melancólico lamento
Que vaga entre las brumas,
Último adiós del espirante día
Al sepultarse en la tiniebla fría!

Del bosque los cantores
Hacen cesar los trinos acordados,
Lenguaje embriagador de sus amores,
Y las campestres flores

Exhalando perfumes regalados,
Entreabren yá su pudoroso broche
A los húmedos besos de la noche.

Yá en el espacio brilla
La clara faz de la argentada luna,
Que con decoro y magestad sencilla,
De amor y de fortuna
Celeste mensajera,
En su carro de nubes reclinada,
Surgiendo va por la azulada esfera
De mil chispas de plata salpicada.

Del templo la campana,
Con acento solemne y misterioso,
A la virtud cristiana
Reclama una oración por el reposo
De los que, en polvo inerte,
Nos marcan el camino de la muerte!

A su toque pausado,
Que en en la ciudad resuena y en la aldea,
El hombre fatigado
De la ímproba tarea,
Busca en el blando lecho
Un sueño bienhechor y sosegado
Que tranquilice su agitado pecho.

Todo en silencio duerme
Bajo la luz de la eternal pupila
Que en la luna magnífica cintila;
Y solo turban la creación inerte
Los suspiros del céfiro aturdido

Que se revuelve en la floresta hojosa,
Del agorero pájaro el graznido
Y del cenizote la caución sabrosa.....

Mirad bajo la bóveda del cielo,
Cuya clara sublime transparencia
En el espejo en que contempla el suelo
De Dios la omnipotencia!
Mirad bogando en su azulado espacio
De la luna á los rayos de topacio,
Ese ténue celaje,
Copo de nieve y plata
Que en la mansa laguna se retrata,
Y en misterioso viaje
El aire de la noche lentamente
Conduce á las regiones del poniente.

De donde viene? A donde va? Quien sabe!
¡Quien comprende el destino
Del esquife ligero y peregrino
De trasparente vela,
Que á los halagos de la brisa suave,
Sin brújula y piloto,
Por un golfo sin playas, ráudo vuela,
Desdefiando la cólera del noto!

¡Acaso ese celaje vaporoso
Es del cañón el abrasado aliento
Que en medio del combate fragoroso
Y en las alas del viento,
Cual incienso de gloria,
Va á anunciar á los cielos la victoria!

¡Es un triste suspiro evaporado
De un pobre corazón enamorado
Que en el silencio evoca
La dulce imágen del ingrato dueño,
Y en su dorado ensueño
Juzga ablandar su corazón de roca!

¡Es el calor de un beso que la brisa
Recogió de una boca voluptuosa,
Mas fresca que la rosa,
Y fundido en la atmósfera indecisa,
Por el espacio vaga
Cual recuerdo de amor que el alma halaga!

¡Es ¡ay! el blanco lino
Emblema fiel de virginal pureza,
Que infame libertino,
En loco y miserable devaneo,
Arrancó de su frente á la belleza
De su insaciable vanidad trofeo;
Y el profanado velo
A la pobre mujer dejó en la tierra
Y errante va por la región del cielo!

¡Es el alba brillante y protectora
Del ángel de la guarda que á toda hora
Cubre á mi tierno é inocente niño,
Velando sin cesar sus sueños de oro
Y enjugando su lloro,
Como lo hiciera el maternal cariño
De la dulce mitad del alma mía,
Mi esperanza, mi amor y mi poesía.....?

.....No sé lo que eres tú, blanco celaje:
Solo sé que vapor, suspiro, beso,
Cendal de vírgen ó ala de querube,
Mi alma te sigue en tu nocturno viaje
Y por seguirte hasta el empíreo sube!

Párate! baja.....! pósate en mi frente
Como una inspiración casta y divina
Que en mi cítara vibre dulcemente!
Envuelve con tu gasa peregrina
Mi pensamiento ardiente:
Sublímalo contigo hasta tu altura
Léjos del polvo de la tierra impura!

ANDRES QUINTANA ROO.

DIEZ Y SEIS DE SETIEMBRE.

Renueva, oh musa, el victorioso aliento
Con que, fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento:
 Cuándo más orgulloso
Y cón mentidos triunfos más ufano,
 El ibero sañoso
Tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,
 Que el Anáhuac vencido
Contó por siempre á su coyunda unido.

“Al miserable esclavo (eruel decía) [®]
Que independencía ciego apellidando
De rebelión el pabellón nefando,
Alzó una vez en algazara impía,
 De nuevo en las cadenas
Con más rigor á su cerviz atadas,

002760

Aumentemos las penas,
Que á su última progenie prolongadas,
En digno cautiverio
Por siglos aseguren nuestro imperio.

“¿Qué sirvió que en Dolores vil cortijo,
El alevé pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto
De sacrílega audacia estimulado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó, y escarmentado
Su criminal caudillo
Rindió ya al cuello el vengador cuchillo.

Cual al romper las Pléyades lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas
Súbite el austro altera tempestuosas;
De la caterva osada
Así los restos nuestra voz espanta,
Que resuena indignada
Y recuerda, si altiva se levanta,
El respeto profundo
Que inspiró de Vespucio al rico mundo.

“Ay del que hoy más los sediciosos labios,
De libertad al nombre lisonjero
Abriese pretextando novelero,
Mentidos males, fútiles agravios!
Del cadalso oprobioso

Veloz descenderá á la tumba fría,
Y ejemplar provechoso
Al rebelde será, que en su porfía
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo.”

Así los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaron cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna al golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda,
Faltando á sus campeones,
Del terror y la muerte precedidos,
Ferozes escuadrones
Talan impunes campos florecidos
Y al desierto sombrío
Consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,
Cómplice fácil de opresión sangrienta,
Niegue á la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo,
Ante el trono clemente,
Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado, que inflamado en fuego,
La América indefensa patrocina.

“Padre amoroso, dice, que á tu hechura,
Como el dón más sublime concediste,
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿No ves á un orbe entero

Gemir, privado de excelencia tanta,
 Bajo el dominio fiero
 Del execrable pueblo que decanta,
 Asesinando al hombre
 Dar honor á tu excelso y dulce nombre!

¡Cuanto ¡ay! en su maldad ya se gozara
 Cuando por permisión inescrutable,
 De tu justo decreto y adorable,
 De sangre en la conquista se bañara,
 Sacrilego arbolando
 La enseña de tu cruz en burla impía,
 Cuando más profanando
 Su religión con negra hipocresía,
 Para gloria del cielo
 Cubrió de excesos el indiano suelo!

“De entónces su poder ; cómo ha pesado
 Sobre el inermé pueblo! qué de horrores,
 Creciendo siempre en crímenes mayores,
 El primero á tu vista han aumentado!
 La astucia seductora
 En auxilio han unido á su violencia;
 Moral corrompedora
 Predican con su bárbara insolencia,
 Y por divinas leyes
 Proclaman los caprichos de sus reyes.

“Allí se vé con asombroso espanto
 Cual traición castigado el patriotismo,
 En delito erigido el heroísmo
 Que al hombre eleva y engrandece tanto.

¡Qué más! en duda horrenda
 Se consulta el oráculo sagrado
 Por saber si la prenda
 De la razón al indio se ha otorgado,
 Y miéntras Roma calla,
 Entre las béstias confundido se haya.

¡Y qué, cuando llegado se creía
 De redención el suspirado instante,
 Permite, justo Dios, que ufana cante
 Nuevos triunfos la odiosa tiranía!
 El adalid primero,
 El generoso Hidalgo ha perecido:
 El término postrero
 Ver no le fué de la obra concedido;
 Más otros campeones
 Suscita que rediman las naciones.”

Dijo, y Morelos siente enardecido
 El noble pecho en belicoso aliento:
 La victoria en su enseña toma asiento
 Y su ejemplo de mil se vé seguido.

La sangre difundida
 De los héroes su número recrece,
 Como tal vez herida
 De la segur, la encina reverdece,
 Y más vigor recibe
 Y con más pompa y más verdor revive.

Mas ¿quien de la alabanza el premio digno
 Con títulos supremos arrebatá,
 Y el laurel más glorioso á su sien ata,

Guerrero invicto, vencedor benigno!
 El que en Iguala dijo:
¡Libre la patria sea! y fuélo luego
 Que el estrago prolijo
 Atajó y de la guerra el voraz fuego,
 Y con dulce clemencia
 En el trono asentó la Independencia.

¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!
 Honor eterno á los varones claros
 Que el camino supieron prepararos,
 ¡Oh Iturbide inmortal! á la victoria.
 Sus nombres antes fueron
 Cubiertos de luz pura, esplendorosa;
 Mas nuestros ojos vieron
 Brillar el tuyo como en noche hermosa
 Entre estrellas sin cuento
 A la luna en el alto firmamento.

¡Sombras ilustres, que con cruento riego
 De libertad la planta fecundásteis,
 Y sus frutos dulcísimos legásteis
 Al suelo pátrio, ardiente en sacro fuego!
 Recibid hoy benignas,
 De su fiel gratitud prendas sinceras
 En alabanzas dignas,
 Más que el mármol y el bronce duraderas,
 Con que vuestra memoria
 Coloca en el alcázar de la gloria.

ANSELMO ALFARO.

FLOR DEL ALMA

A MI HERMANA TERESA.

Naciste; y tu blanca cuna
 Se meció tan suavemente,
 Que creciste dulcemente
 Entre esperanzas y amor:
 Y de tu vida en el cielo
 Tan tranquila aparecías,
 Que un encanto prometías
 En cada año, en cada flor.

Es un jardín nuestra vida
 Cuando niños la pasamos,
 Todas las flores hollamos
 Sin detenernos jamás:
 Pero hay alguna entre todas
 Que nuestro curso detiene,

Y con su aroma nos viene
O la inquietud ó la paz.

Desde entónces los recuerdos
De una niñez que ha pasado,
Son el fuego alimentado
Para encender la pasión:
Entre sueños y entre flores,
El alma en otra existencia,
Se alimenta de la esencia
Con que vive el corazón.

La faz tornamos al mundo
Y en su árido y triste suelo,
En una flor el consuelo
Solo podemos hallar;
Flor que en su cáliz contiene
Esa esencia embriagadora,
Que nuestro pecho atesora
Para poderla adorar.

Brinda el amor sus delicias,
Late el pecho apresurado,
Y á la pasión entregado
Siempre se olvida el dolor:
Miramos la luz del cielo
En el alma confundida,
Y entre ese cielo y la vida
Resplandecer el amor.

Así tu alma al entreabrirse
A un amor de horas tranquilas,
Con un cielo en tus pupilas
Sus fulgores derramó:
Tu alma que amor palpitaba
En otro sér. encontraste,
Lo que en el cielo soñaste,
Y la tierra te negó.

A la suave luz de otra alma
Un porvenir alumbrando,
Marchaste siempre soñando
En lo inmortal de esa luz;
Pero esa sombra que cruza
En el cielo más brillante,
Nubló esa luz rutilante,
Y te envolvió en su capuz.

Y las espléndidas flores
En cuyos broches bebías,
El amor que tu creías
Habitador de un Edén,
Marchitadas las miraste;
Y los sueños de tu gloria,
Y las hojas de tu historia,
Entre cenizas también.

Quiso una vez el destino
Sembrar de flores tu vida,

Te dió una alma enternecida
Y te brindó con amor;
A la siguiente mañana,
Mañana horrible de invierno,
Contemplaste en un infierno
Tus ilusiones en flor.

Un cadáver mutilado
Solo escuchó tus congojas,
Y todas tus bellas hojas
La tumba las sepultó;
Viven con él desde entonces,
Se mueven bajo su losa
Para avivar una rosa,
Que tu llanto cultivó.

Perdona á mi pobre lira
Que te recuerde, llorando,
Lo que hace un, año cantando,
Te recordó sin dolor;
Si una lágrima te ofrezco,
Cultivar quiero con ella,
Esa memoria tan bella
De tu tristísimo amor.

Octubre 15 de 1876.

AGAPITO SILVA.

POESIA

Leída en el segundo aniversario de la instalación de la Sociedad *La Buena Madre*, por el actor español D. Casimiro García y por petición de muchas personas que se acercaron á la Junta Directiva, fué leída despues por su autor, recibiendo muchos aplausos.

I

¡Oh madre de mis amores,
Cuyos besos no sentí,
Mas cuyo nombre aprendí
Entre llanto y sinsabores.....
Si á tí te faltaron flores
Para alfombrar mi camino,
Porque inclemente el destino
Temprano hirió tu existencia,
A mí me sobra conciencia
Para tu culto divino.

Te dió una alma enternecida
Y te brindó con amor;
A la siguiente mañana,
Mañana horrible de invierno,
Contemplaste en un infierno
Tus ilusiones en flor.

Un cadáver mutilado
Solo escuchó tus congojas,
Y todas tus bellas hojas
La tumba las sepultó;
Viven con él desde entonces,
Se mueven bajo su losa
Para avivar una rosa,
Que tu llanto cultivó.

Perdona á mi pobre lira
Que te recuerde, llorando,
Lo que hace un, año cantando,
Te recordó sin dolor;
Si una lágrima te ofrezco,
Cultivar quiero con ella,
Esa memoria tan bella
De tu tristísimo amor.

Octubre 15 de 1876.

AGAPITO SILVA.

POESIA

Leída en el segundo aniversario de la instalación de la Sociedad *La Buena Madre*, por el actor español D. Casimiro García y por petición de muchas personas que se acercaron á la Junta Directiva, fué leída despues por su autor, recibiendo muchos aplausos.

I

¡Oh madre de mis amores,
Cuyos besos no sentí,
Mas cuyo nombre aprendí
Entre llanto y sinsabores.....
Si á tí te faltaron flores
Para alfombrar mi camino,
Porque inclemente el destino
Temprano hirió tu existencia,
A mí me sobra conciencia
Para tu culto divino.

II

Y en nombre tuyo, en tu nombre
 Que forma mi regocijo,
 Calla el bardo y habla el hijo
 (Por más que su audacia asombre),
 Con la entereza del hombre,
 Para que en una explosión
 De ternura y de pasión,
 Pensando en tí y en mi padre,
 Ofrezca á la buena madre
 Las flores del corazón.

III

¡Qué augusto misterio encierra
 Ese sér cuya palabra
 La dicha del hijo labra,
 Cuando el porvenir le aterra;
 Es un ángel en la tierra,
 Que habla siempre de consuelo
 Y que al descorrer el velo
 De su martirio profundo,
 Dejándonos en el mundo
 Nos va á esperar en el cielo!

IV

Es en noche borrascosa,
 Al rugir la mar bravía,
 Faro que al puerto nos guía
 Con su luz esplendorosa;

Es la imágen poderosa
 Que en el jardín solitario
 Del alma, tiene un santuario
 Y que al sufrir y llorar
 Siempre nos hace pensar
 En la mártir del Calvario.

V

La buena madre es crisol
 Donde la miseria humana
 Se purifica, es mañana
 Fulgurante de arrebol,
 Que besada por el sol
 Más y más brilla esplendente,
 Y cuyo calor latente
 Le da al sentimiento vida,
 Y á la conciencia dormida
 La esperanza del creyente.

VI

Es luz que nunca se apaga
 Del mundo en el torbellino,
 Es ave que hirió el destino
 Y que en el espacio vaga;
 Es flor que el silencio fragua
 Historias de paz y amor
 Y que al esparcir su olor
 Pregona con gracia suma,
 Que cuando el viento la abruma
Es luz, es ave, y es flor.

VII

*Madres, que arrastrais cadenas
Y sufrimientos prolijos,
Enseñad á vuestros hijos
Como se sufren las penas;
Y cariñosas y llenas
De santa resignación
Cuando la tribulación
Venga á robaros la calma
Porque un hijo os hiere el alma,
Pedid á Dios su perdón.....*

VIII

*En las luchas de la vida
Sed grandes con el ejemplo,
Y en el hogar y en el templo
Revivid la fé perdida;
Cada dolor, cada herida
Es una prueba fatal;
Pero el amor maternal
Que os inspira, os hará ver
Que el alma de la mujer
Es hija de lo inmortal!*

JOSE M. ZAYAS.

Á UN AMIGO.

EN LA MUERTE DE SU AMADA.

*¡Qué suprema emoción, nunca sentida!
El ángel de la muerte alzó sus alas,
Y supe con el alma estremecida,
Que el ángel de tu amor perdió la vida
Y el mundo para tí perdió sus galas.*

*

*En aras de tu inmensa desventura,
De todo corazón que te comprenda
Tendrás un homenaje de ternura,
Y la esperanza carifiosa y pura
Tal vez en tu alma su ilusión encienda.*

*

*Tal vez la vida en su fugaz corriente
Pueda ofrecerte con piedad la calma,
Y ciñendo un laurel sobre tu frente
Llegues á ver surgiendo en el Oriente
La dulce aurora con que sueña el alma.*

*

Y después, que al impulso del destino
 Tu lacerado corazón sucumba,
 Encuentres, venturoso peregrino,
 Una estrella que alumbre tu camino
 En medio á las tinieblas de la tumba.

Que aquí, el lenguaje del dolor no puede
 Encontrar una frase de consuelo
 Que en tu memoria con mi nombre quede:
 Deja que el llanto de mis ojos rueda
 Mientras *Ella* te llama desde el cielo.

AURELIO HORTA.

—
 PARA SU ALBUM.

Olvidando que mi suerte
 Es dolorosa y sombría,
 Y que todo lo perdía
 Por el ánsia de quererte,

Me puse á pensar en tí
 Con el santo amor de un niño,
 Y levanté á tu cariño
 Un altar dentro de mí.

Del arpa muda y ya rota
 Que abandoné en un rincón,
 Arrancó mi corazón
 La más delicada nota.

Y de mi cielo nublado
 Quité la última estrella,
 Para coronar con ella
 Tu semblante marchitado.

Fué tuya toda mi vida,
Y solo en tu amor pensaba
Cada hora que pasaba;
Horas que mi alma no olvida.

Y cuando tanto te amé
Ya convertida en un Dios,
Cuando vivimos los dos
Esclavos de nuestra fé;

Cuando mis últimas flores
Para tí todas crecieron,
Y cuando por tí nacieron
Mis esperanzas mejores,

La voz del orgullo necio
Vino á gritar en tu oído,
Y el sudario del olvido
Me envolvió con tu desprecio.

Tú marchitaste mis flores
Al matar mi corazón;
Y al robarme una ilusión
Ahuyentaste mis amores

Pero mañana la luz
De tu alma, se apagará,
Y el dolor te abatirá
Con el peso de su cruz.

Mañana no habrá consuelo
Para tu pena infinita,

Y caerá la flor marchita
Sobre el arenoso suelo.

Llorando desengañada
Al cabo comprenderás,
Que nadie te quiso más
Que mi alma desgraciada.

Sufrirás bajo del yugo
Del dolor, como he sufrido,
Y entonces mi alma á tu oído
Irá gritando ¡verdugo!

Y cuando tú llores tanto,
Como yo, en mi desconsuelo,
Sabrás que se compra el cielo
Con martirios y con llanto.

JOSE T. DE CUELLAR.

LOS DESGRACIADOS.

Si en las tranquilas horas de la tarde,
Del viento en el monótono sonar,
Oís entre las hojas de los árboles,
Gemitir ó suspirar,
Y os parece ilusión de los sentidos
Y que es rumor de hojas nada más;
Pensad en los que lloran en el mundo
Con angustioso afán,
Y sabreis cómo el viento ha arrebatado
Al tédio, á la miseria, á la orfandad,
Esas notas tristísimas que suenan
Allá en la soledad.

Si os asomais al cristalino arroyo
En una hora de calma y de solaz,
Y el rítmico murmullo de sus aguas
Que corren sin cesar,
Os deja percibir raras cadencias,
Y una nota argentina y musical

Que perdiéndose á veces y creciendo,
Parece sollozar;
No penseis que el impulso entre las guijas
Pudo tales sonidos arrancar;
Es que el agua se lleva entre sus ondas
Las lágrimas al mar.

Si en el silencio de una noche lóbrega
En que ruge furioso el huracán
Y en que os hallais á solas meditando
En dulce bienestar;
El viento al penetrar por las rendijas
Gime medroso y lúgubre y se vá;
No penseis que es el génio de las sombras,
Ni la turba falaz
De trasgos, de vampiros y fantasmas
Que os burlan con sus cábalas; pensad
Que esos gemidos que conduce el viento
Son una realidad:
Han salido de un pecho acongojado,
El viento los halló en la inmensidad,
Y los lleva despues de puerta en puerta
En busca de piedad.

Y si despues del baile, en la mullida
Y vaporosa almohada os reclinais,
Y aun vibra en vuestro oído la cadencia
Del fugitivo vals,
Y, las manos de rosa de los sueños,
Logrando vuestro párpado cerrar,
De súbito temblais sobrecogidos

Volviendo á despertar;
 No preguntéis la causa á los salones
 Que os vieron un momento delirar,
 No le pidáis la clave á las delicias
 Que acaban de pasar.
 Es que vuestra alma de gozar cansada,
 Recobró en vuestro sueño libertad,
 Y sintió al contemplar á los que sufren,
 La herida del pesar.

Orad entonces; y si blando y tierno
 Teneis, y noble el corazón, orad,
 Orad por el que sufre, por el pobre
 Y por el criminal;
 Por el que torpe, en la maldad se sácia,
 Por el que, ciego, en el error está,
 Por el que, enfermo, á su dolor sin tregua
 Ya no resistirá.
 Y cuando al coro de perdón adune
 Vuestro pecho su efluvio de piedad,
 Vuestros ojos el angel de los sueños
 Contento cerrará.
 Y si al oír mis versos por ventura,
 Os conmueve un afecto fraternal,
 Y pensáis un momento en los que lloran
 En dura adversidad;
 Sabed que no soy yo; los desgraciados
 Son los que os hablan en su inquieto afán:
 ¡Pobres víctimas tristes de la suerte!
 ¡Rogad por ellas, con amor rogad!

JAVIER SANTAMARIA.

A YUCATAN.

Yo no sé si aquí me traje
 De entusiasmo en un exceso,
 Mi adoración al progreso
 O mi amor por el trabajo.
 Yo solo sé que debajo
 De este cielo trasparente,
 Existe un pueblo valiente
 Lleno de felicidad,
 Al ver que brilla en su Oriente
 El sol de la libertad.

Soy hoja que el huracán
 Arrojó sobre los mares,
 Y del viento á los azares
 Fuí donde las olas ván.
 Las playas de Yucatán
 Me recojieron piadosas,

Derramando generosas
De hospitalidad en prueba,
Mirtos y palmas y rosas
Doquier que el viento me lleva.

Mañana que mi destino
De estas riberas me aleje,
Fuerza será que yo deje
Lágrimas en mi camino.
Y si al triste peregrino
Brinda fresca otra palma,
Si en otra tierra se calma
El dolor que mi alma encierra,
Ni así morirán en mi alma
Los recuerdos de esta tierra.

Yucatán, nido de amores,
Que encanto sublime tomas
En los inmensos aromas
De tus encendidas flores;
Campos de eternos verdores
Por la mar acariciado,
Refugio del expatriado
Que en sus afanes postreros,
Vida y amor ha encontrado,
Al pie de tus cocoteros.

Ya no con afán extraño
El corazón sin ventura,

Hasta las heces apura
La copa del desengaño.
Un año de calma: un año
Lleno de auroras serenas. . . .
Alma mártir! tus cadenas
Destruye y sonando avanza!
Aquí, se olvidan las penas
Y renace la esperanza.

Deja, Yucatán, oh! deja
Que con mi voz conmovida,
Al Dios de los Pueblos pida
Que te ampare y te proteja.
El génio del mal se aleja
Para siempre de tu suelo,
Y por mitigar tu anhelo
Viene la felicidad,
Y hace brillar en tu cielo
El sol de la libertad!

FEDERICO CARLOS JENS.**DOLORA.**

A Francisco Javier Carrasco.

—¿Por qué sufres, me decía
Con inocente sonrisa;
—Sufro, porque está, Clarisa,
Ausente la amada mía.
—¿Qué, la ausencia, profería,
Tanto amarga la existencia?
No tengo de ello conciencia.....
—Ay! la amarga tanto, tanto,
Que no hay suficiente llanto
Para llorar en la ausencia.

Viendo un nido abandonado
Que entre las ramas existe,
Y que un cántico muy triste
Alzaba un ave á su lado,
—¿Por qué ese cantor alado
Triste está? me preguntó,
Y por fin lo comprendió
Cuando la dije muy süave;
—Lo mismo que sufre el ave,
Eso mismo sufro yo.

**FRANCISCO GONZALEZ
Bocanegra.****HIMNO NACIONAL MEXICANO**

Valemos al combate, á la venganza
Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.

QUINTANA.

CORO.

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra
Al sonoro rugir del cañón.*

Ciña ¡oh patria! tus sienas de oliva
De la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió;
Mas si osare un extraño enemigo,
Profanar con su planta tu suelo,

Piensa ¡oh patria! querida que el cielo
Un soldado en cada hijo te dió.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

En sangrientos combates los viste
Por tu amor palpitando sus senos,
Arrostrar la metralla serenos,
Y la muerte ó la gloria buscar.

Si el recuerdo de antiguas hazañas
De tus hijos inflama la muerte,
Los laureles del triunfo, tu frente
Volverán inmortales á ornar.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Como al golpe del rayo la encina
Se derrumba hasta el hondo torrente,
La discordia vencida, impotente,
A los piés del arcángel cayó:

Ya no más de tus hijos la sangre
Se derrama en contienda de hermanos;
Solo encuentra el acero en sus manos
Quien tu nombre sagrado insultó.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Del guerrero inmortal de Zempoala
Te defiende la espada terrible,
Y sostiene su brazo invencible
Tu sagrado pendón tricolor;

El será del feliz mexicano
En la paz y en la guerra el caudillo,
Porque él supo sus armas de brillo
Circundar en los campos de honor.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
De la patria manchar los blasones!
¡Guerra, guerra! los pátrios pendones
En las olas de sangre empapad:
¡Guerra, guerra! En el monte, en el valle
Los cañones horribos truenen,
Y los ecos sonoros resuenen
Con las voces de ¡Unión! ¡Libertad!

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Antes, patria, que inermes tus hijos
Bajo el yugo su cuello dobleguen,
Tus campiñas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe su pié;
Y tus templos, palacios y torres
Se derrumben con hórrido estruendo,
Y sus ruinas existan diciendo:
De mil héroes la patria aquí fué.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Si á la lid contra hueste enemiga
Nos convoca la trompa guerrera,
De Iturbide la sacra bandera
¡Mexicanos! valientes seguid:
Y á los fieros bridones les sirvan
Las vencidas enseñas de alfombra;
Los laureles del triunfo den sombra
A la frente del bravo adalid.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Vuelva altivo á los pátrios hogares
El guerrero á contar su victoria,
Ostentando las palmas de gloria
Que supiera en la lid conquistar:

Tornaránse sus lauros sangrientos
En guirnaldas de mirtos y rosas,
Que el amor de las hijas y esposas
También sabe á los bravos premiar.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Y el que al golpe de ardiente metralla
De la patria en las aras sucumba,
Obtendrá en recompensa una tumba
Donde brille de gloria la luz:
Y de Iguala la enseña querida
A su espada sangrienta enlazada,
De laurel inmortal coronada,
Formará de su fosa la cruz.

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Patria! ¡patria! tus hijos te juran
Exhalar en tus aras su aliento,
Si el clarín con su bélico acento,
Los convoca á lidiar con valor:
¡Para tí las guirnaldas de oliva;
Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para tí de victoria;
Un sepulcro para ellos de honor!

CORO.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

JUAN DE DIOS PEZA.

A GARIBALDI.

El aura popular me trajo un día
Un nombre, que la fama y la victoria
Coronaron de luz y de poesía
En la tierra del arte y de la gloria.

Brotando del estruendo de la guerra,
De patricia virtud germen fecundo,
Cruzó como relámpago la tierra
Y como himno triunfal vibró en el mundo.

Símbolo de una causa redentora
Conquistó aplausos, lauros, alabanza
Y brilló sobre Italia como aurora
De libertad, de unión y de esperanza.

¡Garibaldi! con júbilo exclamaba
Entusiasmado el pueblo por doquiera,
Y América ese nombre lo agregaba,
Como nuevo blasón, á su bandera.

¡Oh Titán indomable! tú traías
Sobre tu fe la inspiración del cielo,
Y eras para tus pueblos el Mesías
Anunciado por Dante y Maquiavelo.

En la lucha león, niño en el trato,
Clemente y fraternal con los vencidos,
Fué tu palabra el toque de rebato,
Que despertó á los pueblos oprimidos.

Por donde quiera que tu faz asoma
Su salvador el pueblo te proclama,
Y Bolonia, Milán, Nápoles, Roma,
Responden á tu esfuerzo y á tu fama.

Es de un hijo de Esparta tu bravura,
Fuego de Grecia en tu mirar entrañas,
Y en el Tirol, tu bíblica figura
Parece un semi-dios de las montañas.

Tu abnegación sublime me conmueve;
No es mi laud quien tu alabanza entona;
La eterna voz del siglo diez y nueve
Por todo el mundo tu valor pregona.

Tuviste siempre corazón entero
Donde ningún remordimiento anida,
Pecho de bronce, voluntad de acero,
Ojos radiantes de esperanza y vida.

Marino en la niñez, acostumbrado
A combatir la tempestad, á solas,
Diste á tu génio el vuelo no domado
Del huracán al encespar las olas.

No me asombra en Egipto Bonaparte
Que las altas pirámides profana;
Me admiras tú, clavando tu estandarte
En la desierta pampa americana.

Al César vencedor, el turbio Nilo
Aún en sus ondas con terror retrata,
Mientras tu rostro escultural, tranquilo
En su cristal azul dibuja el Plata.

¡Donde habrá más virtud y más nobleza,
En el que al mundo, en su ambición oprime,
O en el que sin corona en la cabeza
Unifica su patria y la redime!

¡Eras un gladiador! te halló más fuerte
Que un cedro de los Alpes tu destino;
Forma desde tu cuna hasta tu muerte
Un bosque de laureles tu camino.

Cuando la hiel de todos los dolores
Cayó en tu abierto corazón de atleta,
Fué la cruz de los grandes redentores
La visión de tu númen de profeta.

Viendo en toda la Italia una familia
Tanto te sacrificas en su abono,
Que cuando audaz conquistas la Sicilia
Por no romper la unión, la das al trono.

¡Bendigo tu misión! El mundo ingrato
Que hoy aplaude tu nombre y lo venera,
Olvidará que fuiste un Cincinato
En tu retiro augusto de Caprera.

Negaré que tu fe republicana
Iluminando siempre tu horizonte,
Brilló en Palermo, deslumbró en Mentana
E irradió como sol en Aspromonte.

Olvidará también que tus legiones
Llevaron siempre, combatiendo fieles,
Por escudos sus nobles corazones,
Las glorias de la patria por laureles.

Más no podrá negar que entre prolijos
Goces, te vimos, con amor profundo,
Dar tu sangre y la sangre de tus hijos
Por defender la libertad del mundo.

No sólo Roma con viril acento
Ensalzará tu nombre, ilustre anciano,
Que ya dejas perpétuo monumento
En cada corazón americano.

Francia se enorgullece con tu nombre,
México rinde culto á tu memoria,
Y no hay una nación que no se asombre
De tu fé, de tu génio y de tu gloria.

Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarde tu ceniza.

La República fué tu culto santo,
La unión de Italia tu ambición suprema,
La blusa roja tu purpúreo manto
Y el gorro frigio tu imperial diadema.

FAUSTO F. SANTA-ANNA.

JAMAS TE OLVIDARE.

A.....

(Imitación de Campo-amor.)

Blanca paloma de armonioso canto,
Tu que endulzando mi existencia estás,
Tu á quien mi corazón adora tanto,
¿Tanto como yo te amo, me amarás?

—¿Mé amarás?

—Sí, tanto te amaré, corazón mío,
El caro dueño de mi amor serás,
Y en cambio de ese amor que te confío,
¿Con firmeza y lealtad me pagarás?

—¿Me pagarás?

—¡Ah no me lo preguntes amor mío!
¿A que esa voz que repitiendo estás?
Ese amor de querub, que es mi alegría,
Llenará siempre el corazón no más.

—¿No más?

—No más, mi cielo, mi adorado dueño,
Es para tí mi corazón no más,
Eres mi encanto, mi ilusión, mi ensueño,
Jamás te olvidaré, jamás, jamás.

—¿Jamás?

—Jamás, paloma de mi amor querida,
Mientras la muerte con airada faz
No corte el hilo de mi amante vida,
Jamás te olvidaré, jamás, jamás.

—¿Jamás?

—Jamás, estrella de mi amor, jamás.

ANTONIO PLAZA.

EN SU ALBUM.

(INEDITO.)

En sucia cloaca donde el mal anida,
En el fango del crimen arrojado,
Mi corazón durmióse marchitado
Como la flor en lodazal caída.

Una trás otra la ilusión perdida
Lloraba sin familia, desgraciado,
Y de Dios y los hombres olvidado,
Triste noche sin luz era mi vida.

Pero cual brilla al despuntar la aurora
Trás negra tempestad celeste cirio,
Brillaste tú, mujer fascinadora,

En la noche fatal de mi martirio,
Por eso á tí mi corazón adora
Como el mártir á Cristo, con delirio.

TALENTO COMUN.

(INEDITO.)

Don Juan Cazorro, sin reserva alguna,
En lo animal á un animal le gana,
Multiplicando pierde la mañana,
Y dice que son diez, nueve por una.

Su tontera mayor que otra ninguna
Es; pero estuvo al frente de la aduana,
Y le bastó con sólo una semana
Para hacer en la aduana su fortuna.

En tal detalle, el bárbaro Cazorro
Aparece más listo que una liebre,
Y sin embargo de eso, yo discorro

Que indigno es de que nadie lo celebre;
Pues todo burro, aún cuando sea muy burro,
Siempre sabe ir á donde está el pesebre.

A UNA VANIDOSA.

(INEDITO.)

Vénus te sueñas en tu orgullo ciego,
Porque deslumbra con su pompa ufana
Rica de lud espléndida mañana,
En el oriente de tu edad de fuego.

La estación invernal llegará luego,
Y cuando asome tu primera cana
Verás cambiarse la lisonja vana
De tus amantes en glacial despego.

Es rosa la mujer; y mientras arde
Sublime sol que en el zenit fulgura,
Coqueta haciendo del hechizo alarde

Reina en jarrón de sin rival tersura;
Pero al herirla el soplo de la tarde,
Su breve historia acaba en la basura. ®

MANUEL E. RINCON.

AUSENTE DE MI HIJA.

No me habéis de la muerte....Tengo miedo!
 Enferma la dejé, y estaba triste,
 Y desde verla por mi mal no puedo,
 Nadie viene á decirme si aún existe!

Ella, el consuelo de mis tristes dias,
 Lloraba presintiendo nuestra ausencia,
 Y al separar sus manos de las mías,
 Sentí que me arrancaban la existencia.

Próxima estaba á declinar la tarde,
 —Adios!—me dijo con acento blando,
 Y al quererla abrazar, temblé cobarde,
 Y de su lado me alejé llorando.

Brisas de Abril que acaricias mi frente,
 Volad, volad hasta mi hogar, y en calma,
 Decid al ángel de mi amor ardiente,
 Que tengo llena de dolor el alma.

1874.

INDICE.

	Páginas.
FRANCISCO SOSA.—Su biografía.....	5
El Angel de la Guarda.....	15
A Leah.....	19
La niña burlada.....	20
A Clementina.....	24
En el baile.....	25
A una flor.....	28
Los indios de Ametepc... ..	29
A la noche.....	35
La Diva.....	36
Sor Juana Inés de la Cruz.	46
Hasta el cielo.....	47
RAMON ALDANA.—El Celaje.....	50
ANDRES QUINTANA ROO.—Diez y seis de Setiembre.....	55
ANSELMO ALFARO.—Flor del alma..	61
AGAPITO SILVA.—Poesía recitada en la sociedad "La Buena Madre".....	65

MANUEL E. RINCON.

AUSENTE DE MI HIJA.

No me habéis de la muerte....Tengo miedo!
 Enferma la dejé, y estaba triste,
 Y desde verla por mi mal no puedo,
 Nadie viene á decirme si aún existe!

Ella, el consuelo de mis tristes dias,
 Lloraba presintiendo nuestra ausencia,
 Y al separar sus manos de las mías,
 Sentí que me arrancaban la existencia.

Próxima estaba á declinar la tarde,
 —Adios!—me dijo con acento blando,
 Y al quererla abrazar, temblé cobarde,
 Y de su lado me alejé llorando.

Brisas de Abril que acaricias mi frente,
 Volad, volad hasta mi hogar, y en calma,
 Decid al ángel de mi amor ardiente,
 Que tengo llena de dolor el alma.

1874.

INDICE.

	Páginas.
FRANCISCO SOSA.—Su biografía.....	5
El Angel de la Guarda.....	15
A Leah.....	19
La niña burlada.....	20
A Clementina.....	24
En el baile.....	25
A una flor.....	28
Los indios de Ametepc... ..	29
A la noche.....	35
La Diva.....	36
Sor Juana Inés de la Cruz.	46
Hasta el cielo.....	47
RAMON ALDANA.—El Celaje.....	50
ANDRES QUINTANA ROO.—Diez y seis de Setiembre.....	55
ANSELMO ALFARO.—Flor del alma..	61
AGAPITO SILVA.—Poesía recitada en la sociedad "La Buena Madre".....	65

Páginas.

JOSE M. ZAYAS.—A un amigo.....	69
AURELIO HORTA.—Para su álbum...	71
JOSE T. DE CUELLAR.—Los desgra- ciados.....	74
JAVIER SANTA MARIA.—A Yucatán.	77
FEDERICO CARLOS JENS.—Dolora....	80
FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.— Himno Nacional.....	81
JUAN DE D. PEZA.—A Garibaldi....	85
FAUSTO F. SANTA-ANNA.—Jamás te olvidaré.....	89
ANTONIO PLAZA.—En su álbum....	91
Talento comun.....	92
A una vanidosa.....	93
MANUEL E. RINCON.—Ausente de mi hija.....	94

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

BIBLIOTECAS

760

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA.

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

*Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio
Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia
de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván,
Juan de Dios Peña, Sor Juana Inés de la Cruz,
Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas
Moreno, José Joaquín Fernández de Lizaso,
(El Pensador Mexicano.)*

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: *Don y Doña*

Ignacio Ramírez. Poesías.

Luis González Ortiz. "

Isabel Prieto de Landázuri. "

Agustín F. Guenca. "

Francisco Sosa. "

EN PREPARACIÓN: *Juan Valle, Dolores
Guerrero, Fernando Calderón, Ignacio Mon-
tes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón,
Juan Díaz Covarrubias.*